



RECTORÍA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Hora Santa Juvenil



Canto entrada y exposición del Santísimo Sacramento

1. Maestro, ¿cuándo llegaste?.

De nuevo, Jesús resucitado, sales esta tarde a nuestro encuentro, como el alimento que necesitamos para continuar en el camino. Agradecemos tu fidelidad de amigo y tu presencia constante, y nos disponemos para compartir este momento contigo, pues una vez más, nos esperas atento para escucharnos y platicar con nosotros.

En medio de nuestras inquietudes y miedos, que ya conoces muy bien, te encontramos hoy en la custodia, pequeño en tu grandeza, y nos preguntamos: “Maestro, ¿cuándo llegaste?” (Jn 6, 25). ¿Cuándo llegaste a nuestras vidas para transformarlas? ¿En qué momento entraste a nuestros hogares? ¿Desde cuándo estás aquí, acompañándonos en este aislamiento? ¿Será que siempre has estado, pero no nos dábamos cuenta?

Nos invitas a buscarte, “no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la Vida Eterna” (Jn 6, 27), y nos enseñas que, para recibirlo, debemos creer en ti, a quien el Padre envió (cf. Jn 6, 29). A veces, estamos hambrientos y cansados de tanto andar, pero confiamos en ti y en tu voluntad; por eso, queremos ponernos en tus manos, para que nos alimentes de ti, el verdadero Pan de Vida.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Cuándo llegó el Maestro a tu vida? Revive tus encuentros con Él.
En tu día a día, ¿logras descubrir la presencia de Cristo?



Momento de silencio orante



2. Jesús, nuestro alimento.

El Papa Francisco nos dice: “Buscar al Señor, guardar su Palabra, tratar de responderle con la propia vida y crecer en las virtudes hace fuertes los corazones de los jóvenes; para eso, hay que mantener la conexión con Jesús, estar en línea con Él, ya que no crecerás en la felicidad y en la santidad sólo con tus fuerzas y tu mente” (Exhortación Apostólica *Christus Vivit*, n. 158).

Como un viajero requiere agua y comida para seguir avanzando, nosotros necesitamos alimentarnos de ti, Cristo Vivo, para perseverar en la construcción de tu Reino; en medio de esta contingencia, recurrimos a ti para disfrutar de tu compañía y de tu paz, pues sabemos que estás aquí presente y eres el Pan que “desciende del cielo y da Vida al mundo” (Jn 6, 33).

“Jesús, Buen Pastor, Pan verdadero, ten piedad de nosotros, apacientanos y cuídanos; permítenos contemplar los bienes eternos en la tierra de los vivientes. Tú, que lo sabes y lo puedes todo, y nos alimentas en este mundo, conviértenos en tus comensales del cielo, en tus coherederos y amigos, junto con todos los santos” (Santo Tomás de Aquino, *Lauda Sion*, secuencia para la Misa de Corpus Christi).

Ahora reflexionemos de forma personal

En tu día a día, ¿te alimentas de Jesús y de su Palabra?

Oremos por quienes no conocen a Cristo o se han alejado de Él, para que algún día puedan compartir con nosotros este Pan.



Momento de silencio orante

3. El Pan de Vida.

Desde la custodia, Señor, nos confrontas con el misterio de tu Resurrección: pareces sólo pan, pero eres Dios; no emites ningún sonido, pero nos llamas; te muestras quieto, pero estás vivo. Eres el Pan de Vida, porque moriste, resucitaste y nos llamas desde el cielo a compartir contigo la alegría de la vida eterna.

“El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive. Es Cristo resucitado, lleno de vitalidad sobrenatural, vestido de infinita luz” (Francisco, Exhortación Apostólica Postsinodal *Christus Vivit*, n. 124).



Como nos invita el Papa: “Contempla a Jesús feliz, desbordante de gozo. Alégrate con tu amigo, que triunfó. Mataron al santo, al justo, al inocente, pero Él venció. El mal no tiene la última palabra. En tu vida, el mal tampoco tendrá la última palabra, porque tu amigo que te ama quiere triunfar en ti. Tu salvador vive” (ídem, n. 126).

Ahora reflexionemos de forma personal

Conversa libremente con Jesús Eucaristía, el Pan de Vida; cuéntale lo que desees como a un amigo, o simplemente contéplalo un momento.



Momento de silencio orante

4. Entregar nuestros panes y pescados.

Hoy, Maestro, el mundo necesita escucharte y conocerte, como aquella multitud que te siguió a la orilla del mar de Galilea (cf. Jn 6, 1-2), cuando multiplicaste los panes y los peces. Nos has llamado para servir y acercar a más personas hacia Ti, pero a veces nos parecemos a Felipe, quien dijo que “doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan” (Jn 6, 7): sentimos que los problemas son mayores que cualquier solución.

Por eso, te pedimos que nos guíes para que, igual que Andrés, nos movilizemos para responder siempre a las dificultades en nuestro entorno (cf. Jn 6, 8), o como el joven que ofreció sus cinco panes de cebada y dos pescados, sepamos entregarte todo lo que somos y tenemos, aunque parezca poco o insuficiente (cf. Jn 6, 9), confiando en que Tú lo bendecirás y multiplicarás para el bien de nuestro prójimo.

Queremos ser mejores seguidores tuyos y servidores de los demás, para que más gente pueda atestiguar tus signos y reconocerte como el alimento que necesita.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Cómo actúas ante las necesidades de los demás o las dificultades del entorno?
¿Qué puedes entregarle a Jesús para bien de tu prójimo?



Momento de silencio orante



5. El don de la fe.

Señor, te agradecemos por el don de la fe, que nos permite confesar que hoy estás presente en la Eucaristía, y te pedimos que lo aumentes en cada uno de nosotros, confiando en que no sólo eres “aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer” (Francisco, Carta Encíclica Lumen Fidei, n. 18).

Es por esta virtud, también, que podemos entregarle a Dios nuestras vidas, talentos y capacidades, así como nuestras debilidades, inseguridades y dudas, con la certeza de que todo en sus manos fructifica, siguiendo el ejemplo de María, “la jovencita con los ojos iluminados por el Espíritu Santo, que contemplaba la vida con fe” (Francisco, Exhortación Apostólica Postsinodal Christus Vivit, n. 46).

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Qué obstáculos te impiden crecer en fe?
¿Qué necesitas hacer para superarlos?



Momento de silencio orante

Intercesión de la Santísima Virgen María por los adolescentes y jóvenes

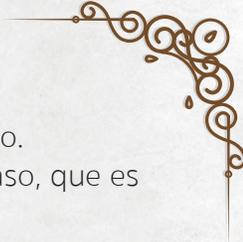
Por último, antes de concluir con nuestra Hora Santa, como sede de la Pastoral de Adolescentes y Juvenil, pidamos la intercesión de María, Madre del Pan de Vida, de nuestra fe y de nuestra Iglesia:

“¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.
Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.
Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.
Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.



Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.
Que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es
el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor”

(Francisco, Carta Encíclica Lumen Fidei, n. 60).

Bendición y Reserva.



Referencias Bibliográficas

FRANCISCO, Exhortación Apostólica Postsinodal Christus Vivit, Ciudad del Vaticano, 2019.
SANTO TOMÁS DE AQUINO, Lauda Sion, secuencia para la Misa de Corpus Christi
FRANCISCO, Carta Encíclica Lumen Fidei, Roma, 29 de Junio de 2013.